

GILLETTE BORGOÑA — ACTO 3

Borgoña — Francia
ACTO 3 — La última vendimia

Las historias nunca son iguales, porque los momentos en que se encuentran nunca son iguales. Cambian los lugares. Cambian las estaciones. Cambia la gente. Y cuando las mujeres se cruzan en su camino, toda predicción pierde su valor.

Conté esta historia hace algún tiempo. Hoy quiero volver a contarla con mayor intensidad, casi como una conversación conmigo mismo—una llamada de la memoria, una voz que sigue llamando a la puerta del tiempo, recordándome no solo lo que ha sido, sino quizá lo que aún podría ser.

ACTO 3 — LA ÚLTIMA VENDIMIA

Con Sabine a mi lado, el futuro ya no parecía lejano.

Se había convertido en un lugar.

Miré los viñedos e imaginé nuevas estaciones. Pensé en mis hijos, en los hijos de mis hijos y en lo que pudiera quedar cuando ya no tuviera fuerzas para recorrer la finca a caballo. Durante muchos años había perseguido el trabajo.

Responsabilidades.

Desafíos.

Resultados.

Había cruzado países, levantado negocios, conocido victorias y derrotas.

Y, sin embargo, la serenidad parecía haber elegido aquel rincón de Borgoña y a la mujer que el tiempo, inesperadamente, me había devuelto.

Sabine caminaba a mi lado entre las vides.

Hablábamos poco.

A partir de cierta edad descubres que el silencio suele decir la verdad con más claridad que las palabras. Los días fluían con una sencillez que apenas recordaba haber conocido.

El vino maduraba despacio en sus barricas.

Los viñedos seguían sus estaciones.

Los caballos corrían libres por los campos.

Mis hijos venían a verme más a menudo.

Y por primera vez en muchos años miraba mi vida sin sentir la necesidad de cambiar nada.

¿Y el vino?

Bueno, a eso ya habían respondido los romanos.

In vino veritas.

En el vino está la verdad.

Caen las máscaras.

Las mentiras se debilitan.

Hasta los sentimientos enterrados acaban encontrando el valor de hablar.

Así imaginaba yo mi nueva vida.

Borgoña.

Los viñedos.

Los caballos.

Sabine.

Mis hijos cerca.

Yo a caballo entre las hileras, revisando la poda, estudiando cómo la luz del sol tocaba las vides.

Todo parecía estar por fin en su sitio.

Y yo había cumplido noventa y un años.

Noventa y uno.

Una edad a la que un hombre cree haber visto lo bastante como para no sorprenderse de nada.

Me equivocaba.

Porque nunca esperé oír otro coche subiendo por el largo camino de entrada de la finca. Otro coche.

Otra mujer.

Otro joven.

El vehículo aminoró la marcha y se detuvo a unos metros de nosotros.

Miré a Sabine.

Miré el coche.

Miré al joven que bajaba.

Por un instante tuve la absurda sensación de que la vida repetía una escena que yo ya había vivido. La mujer cerró la puerta y se quedó quieta, estudiando la casa.

Luego me miró.

Tenía la expresión de quien no ha llegado allí por casualidad.

La expresión de quien ha pasado años buscando.

Sentí que Sabine se tensaba a mi lado.

Yo tampoco podía moverme.

La mujer dio unos pasos hacia delante.

El joven se mantuvo cerca.

Me observó con atención.

Con demasiada atención.

Como si buscara una confirmación.

Como si intentara recuperar algo de lo que había oído hablar toda la vida.

Al final, sonrió.

Una sonrisa dulce.

Casi melancólica.

Luego hizo una sola pregunta.

“¿Es usted Ferdinando Frega?”

No contesté enseguida.

El miedo no siempre nace de lo que no conocemos.

A veces nace de lo que podríamos reconocer.

Borgoña callaba a nuestro alrededor.

Los viñedos respiraban bajo la luz que se apagaba.

Nadie habló.

Ni Sabine.

Ni el joven.

Ni yo.

Porque en ese momento comprendí algo que noventa y un años no habían logrado enseñarme. La vida rara vez salda sus cuentas pendientes.

Las guarda.

Las protege.

Deja que maduren despacio, como el vino que reposa en una barrica.

Luego, justo cuando creemos que la historia se acaba, abre una puerta que creíamos sellada para siempre.

Un recuerdo.

Una pregunta.

Un arrepentimiento.

Una mujer.

Quizá un hijo.

Quizá un viejo amor.

O quizá una verdad que necesitaba toda una vida para alcanzarnos.

Me quedé inmóvil.

Con Sabine a mi lado.

Con aquella mujer frente a mí.

Con dos jóvenes que pertenecían a historias distintas—o quizá a la misma.

Y por primera vez no sentí ninguna urgencia por conocer la respuesta.

Porque comprendí que el destino no había venido a cerrar el libro.

Había venido a añadir otra página.

Y quizá, aquella tarde en el corazón de Borgoña, no hacía más que empezar el capítulo más importante de todos.

Ferdinando